

JOSÉ AMEZCUA:

SEMEJANTE A SÍ MISMO

Ignacio Díaz Ruiz*

La palabra semblanza tiene relación con semblante, semejante, rostro, aspecto de la cara, imagen, símil, similar, retrato, biografía, pintura de un ser animado, parecido, aspecto. Entonces en estricto sentido, me pregunto, ¿qué es una semblanza? Sin duda es todo eso y algo más. No lo sé con precisión. Un ejemplo, a la manera de Cervantes, puede ser aquella bien conocida descripción: “Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.” Exacto y sutil boceto de apenas unas cuantas pinceladas con que se logra forjar un semblante.

Al margen de todo lo anterior, y sustentándome en ello, haré mis propios pininos —pinitos afirma la Academia española— y ensayaré una semblanza de José Amezcua Gómez, amigo ausente y presente.

Antes, para referirme a él, debo hacer dos advertencias: de acuerdo a una práctica académica, requisito indispensable para algún tipo de texto, se recomienda el uso de siglas cuando se va a citar en varias ocasiones un nombre o una obra; de tal suerte que José Amezcua se reduce, en este texto, a la afectiva y efectiva abreviatura JA; la segunda, y vuelvo a apoyarme en la Real

* Director del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM.

e Irreal Academia, las letras: JA, escritas con minúsculas, repetidas tres veces y acompañadas de signos de admiración, son identificadas como una interjección con la que se manifiesta la risa. En este sentido, no harán falta los signos pues la admiración por JA estará presente en todo el texto y aun fuera de él, respecto al número tampoco habrá problema pues se citará más de tres veces. Así habrá una nota de alegría espontánea esparcida en el escrito al reiterar esa feliz coincidencia entre JA y la explicación que da el diccionario para algo tan serio como la risa.

JA fue un amigo tardío, de la edad madura. María Dolores Bravo, referencia obligada, lo presentó como pretendiente, como novio, como esposo y como padre de sus hijos sucesivamente. Por ella lo conocí y a ella debo, entre otras muchas deudas, su amistad y compadrazgo, parentesco resultado de la incesante generosidad de ambos padres y ambos hijos. Esta tardanza, en cambio, fue un aliciente para construir una sólida y pronta amistad. (JA desaprobaba este lugar común: el símil de ingeniería para referirse a los sentimientos.)

JA fue ante todo un maestro. Su magisterio ejercido, en la Universidad Metropolitana Unidad Iztapalapa, de la que fue uno de sus entusiastas e inteligentes fundadores, y durante varios años en la Facultad de Filosofía y Letras, donde había realizado sus estudios de licenciatura en Letras Españolas, fue signado por una vocación y entusiasmo notables. Sus intereses por la cultura española se definieron con toda precisión: Teatro de los Siglos de Oro, Análisis de textos, Corrientes Generales de las Literaturas Hispánicas, El Quijote, Romanticismo europeo, el teatro novohispano, Calderón y Juan Ruiz de Alarcón, fueron algunos de los motivos más definidos y constantes de sus cursos e investigaciones.

JA descubrió los privilegios de la docencia: el diálogo, la interacción intelectual, la función formativa, las relaciones amis-

tosas y fraternales. Tenaz formó estudiosos, muy afines a él y a sus intereses, en varios grupos y generaciones. Para muestra menciono únicamente aquel grupo de “Los Sarnosos”, tan entrañable para JA. Imposible resumir todos los beneficios que como docente legó a ambas instituciones.

Aunada a la complejidad de ejercer la docencia en las áreas humanísticas, JA impuso la necesidad de volver a la literatura medieval y de los Siglos de Oro, (en rigor el estudio de la literatura, decía JA, es siempre una búsqueda de respuestas en pasados mediatos o inmediatos). Heredero de sus maestros, quienes a su vez le habían revelado la necesidad de retornar a lo clásico español, JA formó parte de esa secuencia de continuidades y enlaces para conocer los dorados siglos de la cultura hispánica. Vocación que puntualmente inculcó y forjó en sus discípulos.

Esa intensísima vocación magisterial se manifestó también en la formación de un acervo bibliográfico. Su afinidad con los libros, su cotidiana relación con ellos y la necesidad de tener materiales específicos para los alumnos y maestros de su Universidad lo condujo a conformar el “Fondo Ruiz de Alarcón y el teatro de su tiempo” donde se reunieron libros, revistas, documentos, videgrabaciones para el estudio del teatro de los siglos XVI y XVII de España y Nueva España. Esta fundación complementó sus preocupaciones por la buena formación de estudiosos en esos géneros y épocas.

Su experiencia como hombre de letras y de investigador riguroso se corrobora con sus estudios: *Libros de caballerías hispánicas, Castilla, Cataluña y Portugal; Metamorfosis del caballero. Sus transformaciones en los libros de caballerías hispánicas; Lectura ideológica de Calderón, “El médico de su honra”* entre lo más relevante. En este rubro, no podría pasar por alto, una indispensable mención a un brevísimo pero muy significativo texto que presenta una imagen estricta y fidedigna

de JA: “Fanfarria por los perdedores”, discurso con motivo de la entrega de los premios de investigación de la Universidad Autónoma Metropolitana en 1991, donde él fue merecedor de ese reconocimiento. Discurso donde destacan la originalidad, la vehemencia, el humanismo, la actitud quijotesca, la solidaridad, y una larga e intensa serie de valores que perfilaron la estructura moral e intelectual de JA.

Muy al contrario del Quijote, JA era un constante nocheriego. Amigo de la noche, disfrutaba enormemente el silencio y la vida nocturnas. Acompañado siempre de una taza de café y un eterno cigarro, claros indicios de su estirpe veracruzana, en una noche desvelada, de velada, componía el mundo. Charlaba de política, de psicología, de literatura, de música, de cine, de su familia, de sus amigos, de sus alumnos, de sus contrarios, de todo dios, de sus sueños, de sus fantasmas y de sus tristezas a veces. Su vasto registro de inquietudes e intereses era una fuente inagotable (JA tampoco daría su visto bueno a semejante símil). Jamás aburría. Agudo y pícaro, aprendizajes de su localidad y de sus lecturas, disfrutaba el albur, el doble sentido, el juego de palabras, la parodia, la ironía.

Las evocaciones ahora se atropellan; entonces, me pregunto ¿qué es lo sustancial para hacer una semblanza? No lo sé de cierto. Basten entonces estas compendiadas noticias varias para memorar al memorable JA.